

Con establecimientos tan numerosos y tan sabiamente combinados, debian llegar las ciencias y las letras al estado mas floreciente. Pero hubiera sido menester para esto que el entendimiento humano se hallase con aquellas felices disposiciones que resultan de una multitud de causas que la naturaleza sola puede unir y hacer obrar. Así el zelo de Carlo Magno por el progreso de las ciencias, los beneficios que derramó sobre los hombres de mérito, y los medios de que se valió para excitar la emulacion, no sirvieron sino para reanimar por poco tiempo el gusto de los estudios. Fué esta una luz brillante, pero pasagera, tal como las que se elevan en aquellos climas cubiertos ordinariamente de nubes y de nieblas.

Apénas habia muerto el monarca á quien la literatura debió esta gloria, eclipsada tan prontamente, quando el soberbio edificio que habia levantado se abatió, sin esperar los rigores del tiempo. Ludovico Pio, Carlos el Calvo, Luis el Tartamudo y sus sucesores, príncipes débiles, limitados, sin espíritu, sin gusto por las grandes empresas, y por otra parte embarazados con guerras extrangeras y domésticas, que solo les hicieron conocer las fatigas y los disgustos del trono, no pudieron dar á las instituciones de Carlo Magno el auxilio que necesitaban para aumentar ó conservar el lustre que de él habian recibido. Se vió, pues, que á poco tiempo retrocedieron los entendimientos hácia el punto de que habian partido á la mitad del siglo octavo, y las letras volvieron á sepultarse en la barbarie, cuyo torrente empezaba á ceder á los esfuerzos del trabajo. Se sumergieron, pues, mas y mas entre los desastres públicos que asolaron á la Francia. Sus asilos fueron profanados ó destruidos por los estragos de los normandos, y las diarias discordias de los señores; efecto inevitable de la feudalidad en todas las provincias del reyno. Esta decadencia de los estudios y de las ciencias fué tan rápida, que al fin del noveno siglo apénas se encontraban en algunas iglesias y monasterios pequeños vestigios de lo que habia hecho á favor de ellas su augusto restaurador cien años ántes. De todas las facultades que se cultivaron en las escuelas en la época de que hablamos, la dialéctica fué la que ménos se resintió de la languidez en que todas las demas habian caído. Continuó en estudiarse, y aun se hicieron progresos en ellas. Sin duda porque tenia mucha relacion con el es-

tudio de la religion, y porque frecüentemente hubo necesidad de su socorro para quitar á los novatores, que entonces se dexaron ver, las armas del sofisma con que se defendian, y desenredar el artificio de los falsos racionios, con los quales se disfrazaba.

Los elogios que daremos á los escritores eclesiásticos de este siglo en el artículo destinado á este objeto no serán contradictorios á lo que acabamos de decir. La mayor parte se habian formado en los felices tiempos de Carlo Magno; y si la antorcha de las ciencias, que volvió á encenderse, espació aun alguna luz despues de él, esto se debió á aquellos hombres educados en las escuelas de literatura que aquel príncipe habia establecido. Por la época de su muerte nos ha parecido justo referirlos al tiempo, cuya historia describimos, aunque por la causa de sus talentos, y manifestacion de sus nociones, perteneciesen al siglo antecedente.

ARTICULO V.

Estado del christianismo en las diversas regiones del mundo durante el noveno siglo.

Fueron los principios del siglo nono tiempos de prueba y de agitacion para la iglesia de Oriente, en donde la heregía de los iconoclastas adormecida, pero no destruida, tenia aun infinitos partidarios. Irene habia refrenado sus furoros, y procurado el triunfo de la verdad en el segundo concilio de Nicea, séptimo general; pero la calma que habia restituido á la sociedad christiana, pendiente para decirlo así de la suerte de aquella princesa, se interrumpió casi al momento que perdió el imperio. El fanatismo, inflamado por Leon Isauero, era un fuego oculto, que solo aguardaba para avivar su actividad, y causar los mayores estragos, un soplo activo que le reanimase, y una mano que le diese nuevo pábulo. Uno y otro encontró en los emperadores Nicéforo, Leon el Armenio, Miguel el Tartamudo y Teófilo.

Estos príncipes enemigos de las santas imágenes, ó por mejor decir de todas las verdades, se empeñaron en destruir todo lo que se habia hecho para el restablecimiento de la paz, y consolidar el dogma católico. Leon, que al

principio *había* disfrazado su verdadero modo de pensar baxo una *apariencia* de zelo por la fe, no tardó en manifestarse tal *qual* era, luego que se vió asegurado sobre el trono, adonde le *había* conducido la rebelion. Su ódio contra las *imágenes*, y las violencias que usó con los que las *honraban*, no pueden compararse sino á aquellas de que Leon *Isauro*, primer autor de esta impiedad, se *había* hecho culpable. Tuvo por cómplices, y por principales instrumentos de su furor á dos malvados, bien dignos de semejante asociacion: era el uno un impostor llamado Juan, que *decía* ser mago, y á quien por sobrenombre llamaban *Leconomanto*, porque se servía de un plato ó vacía para anunciar lo futuro. Leon no tuvo vergüenza de colocar un hombre de esta especie sobre la silla patriarcal de Constantinopla. El otro era Antonio, metropolitano de Silea, vil bufon, que no se hallaba bien sino en la mesa, y cuyo mérito era divertir los convidados con cuentos alegres. Estos dos infames confidentes de Leon le excitaban á perseguir por los mas crueles medios á todos los que respetaban las *imágenes*, y creían en la definicion del concilio de Nicea la regla de fe, de que no podían separarse. El santo patriarca Nicéforo con los otros obispos y abades que se le *habían* unido, se opusieron valerosamente á las nuevas tentativas de la heregía. Tuvieron la fortaleza de ir á buscar el emperador, y de representarle con una liberrad verdaderamente episcopal, que la causa de las *imágenes* no era un punto dudoso que necesitase de nuevo exámen; que la *qüestion* se *había* definido auténtica é incontestablemente por los padres del segundo concilio de Nicea; que todas las iglesias estaban acordes sobre la doctrina consagrada por el decreto de este concilio; que el culto de las *imágenes* tenía en su favor la tradicion de todos los siglos, y la práctica de todas las sociedades católicas; y que finalmente poner en *qüestion* un punto de fe claramente decidido por el juicio solemne de los pastores, era volver á inundar la Iglesia y el estado de nuevos males. Pero estas representaciones por sabias que fuesen, no produxeron otro efecto respecto de Leon que el de inflamar su cólera, y resolverle á perseguir sin disfraz á los que llamaba *idólatras* é *impíos*.

Pero los medios violentos, cuyo rigor empleaban los enemigos de las santas *imágenes* contra aquellos, cuyo

valor intentaban abatir, no les parecían bastante eficaces para sojuzgar todos los espíritus. Conocían cuántas ventajas sacaban sobre ellos los católicos del juicio pronunciado en una asamblea canónica, en que el poder y el artificio no *habían* dominado. Quisieron, pues, disminuir quanto fuese posible la autoridad de aquella decision, oponiéndole un decreto revestido de las mismas formas exteriores, y confirmado por una muchedumbre de obispos en un concilio, celebrado con todo el aparato capaz de impresionar al pueblo. Esta iniqua asamblea, compuesta de iconoclastas y de los obispos que *habían* cedido á los malos tratamientos, se tuvo en Constantinopla en la iglesia de santa Sofia en 815. Del modo con que se celebró este concilio, y segun las armas de que se preparaba á hacer uso, se podia preveer qual sería el éxito. Pero lo que no podría creerse, si no lo acreditasen testimonios auténticos, son los ultrajes que se atrevieron á hacer á los obispos católicos en un sitio en que decían se *habían* congregado para liberrar el culto religioso de profanidades que le *deshonraban*. Rasgaron sus vestidos, los echaron por tierra, les pisaron la garganta, les escupieron en el rostro, y viendo que á pesar de estos malos tratamientos nada conseguían de ellos, los arrojaron de allí vergonzosamente, llenándolos de golpes. Cómo hubo obispos que pudieron olvidar lo que se debían á sí mismos, hasta llegar á excesos tan monstruosos contra unos compañeros? cómo no consideraban que era degradar su propia dignidad, enseñar el menosprecio y deshonor un carácter, cuyo honor debían amar tan justamente, cubriendo de ignominia á los que participaban como ellos de la plenitud del sacerdocio? Exemplo terrible de ceguedad y de furor, que junto con otros tantos de la misma especie, nos hace ver que no hay horrores ni barbarie á que no se arroje el fanatismo, quando se le dexa en la libertad de entregarse á sus arrebatamientos. Quedando los iconoclastas solos en la asamblea, confirmaron con decreto solemne lo que se *había* decidido contra el culto de las *imágenes* en el famoso concilio de 754, y condenaron el concilio general de Nicea. Despues de semejante decision se debia esperar que cayesen todos los golpes de la venganza, y todo el peso de una autoridad furiosa sobre los católicos, bastante intrépidos para rehusar someterse á ella. La cosa sucedió co-

mo se había previsto. Las prisiones, los destierros, los castigos de toda especie fueron el premio de la generosa resistencia de todos los que se atrevían á hablar en favor de las imágenes, ó que las adoraban en secreto. Juan Leconomanto, digno ministro de los furors de León, hizo ver todo quanto el odio de un malvado es capaz de inventar para arruinar los hombres de bien. El emperador le había entregado los obispos y abades, cuyo valor no se había desmentido por los tormentos y afrentas. Este miserable, mas enemigo aun de la virtud que de la verdad, se valió de todos los medios contra aquellos hombres igualmente recomendables por una y otra. Cansado de emplear los suplicios, hizo que sucediesen á ellos las caricias y promesas. Algunos se dexaron caer en estos lazos, y consintieron en comunicar con el patriarca, que por su parte no rehusó de excomulgar á los que no adoraban las imágenes de Jesu-christo. A esta costa se restituyeron los obispos á sus iglesias, los abades á sus monasterios; pero los zelosos defensores de la fe, incontrastables en sus principios, é intimamente convencidos de que las condescendencias soló son los medios de hacer triunfar el error, lloraron su flaqueza mirándola como una mancha de su vida.

La calma se restableció por algun tiempo despues de la muerte de León. Los conjurados que le quitaron el imperio y la vida, dieron la púrpura á Miguel el Tartamudo. Indiferente á los asuntos de religion, y sin capacidad para los del estado, si este príncipe nada hizo por la prosperidad de la Iglesia, no la inquietó á lo ménos declarándose contra ella como sus predecesores: y aun afectaba una perfecta neutralidad, respecto de los enemigos de las imágenes, y de los zelosos defensores de su culto. Pero el mal que no hizo por sí mismo, lo dexó hacer á aquellos, á quienes su indolencia había confiado la autoridad, de que se sirvieron á medida de sus pasiones. Mientras que el emperador pasaba los días enteros en hacer adiestrar y exercitar caballos, único talento en que se preciaba de sobresalir, sus ministros educados en la faccion de los iconoclastas, perseguian abiertamente á los católicos. A los clérigos y á los monges principalmente hacian experimentar todos los efectos de un odio implacable. Se inventaron contra ellos nuevos suplicios, de que el mas ordinario era hacerles morir á

azotes. De este modo perecieron un gran número. Los que se eximian de esta barbarie, eran puestos en prisiones inficionadas, en donde solo recibian para su sustento pan mohoso y agua corrompida. Llegó aun la atrocidad al extremo de encerrar á algunos en sepulcros con malhechores, dexando morir de hambre á unos y otros.

Léjos de obtener la Iglesia algun alivio en sus males, baxo el reynado de Teófilo, hecho emperador por muerte de Miguel su padre, no se vió tiempo mas borrascoso durante las disputas de las imágenes, que los primeros años de este príncipe, que tenia solo 12 años, y reynó 13. La persecucion se hizo general, y las crueldades que se exercieron en los católicos de todas condiciones, fueron sin límite. Irritado el emperador por la valerosa resistencia de aquellos, á quienes ni las injurias ni los tormentos no podian hacer consentir en la destruccion de las imágenes, los entregaba á ministros desapiadados que no los dexaban hasta cansarse de maltratarlos. El mismo intentó derribar la fe de Teodora y de Teoctista, su madrastra, pero estas virtuosas princesas resistieron á todos sus esfuerzos, y no cesaron de mostrarse llenas de respeto á las santas imágenes, y de compasion de los que padecian por la verdad. Los monges eran expelidos de su santo retiro, y muchos de avanzada edad heridos sin piedad con vergajos hasta espirar; otros sin asilo y sin socorro iban á morir á bandadas sobre la orilla del mar, y á lugares extraviados, en donde sus cadáveres quedaban sin sepultura. Pero lo que mejor hace conocer la violencia de esta persecucion, y la crueldad de Teófilo es el suplicio inaudito que hizo sufrir á dos confesores llamados Teodoro y Teófanés. Eran hermanos, y su adhesion al culto de las imágenes ya les había merecido la pena de destierro, baxo el imperio de Miguel. Teófilo les volvió á llamar como para probar de nuevo el poder de los tormentos en estos hombres, á quienes había hecho célebres su constancia. Hallándolos con el mismo zelo y sentimiento, los hizo azotar en su presencia con una barbarie sin exemplo, y despues tenderlos sobre unos bancos, é imprimirles en la cara con un hierro ardiendo doce versos que contenian el motivo de su condenacion: suplicio, cuya idea jamas había cabido en tirano alguno. La operacion duró todo un día, y se puede imaginar, quán dolorosa habrá sido. Quando se acabó, los dos confesores

dixeron á Teófilo, que aquella inscripcion seria su gloria, y la condenacion de él en el tribunal de Jesu-christo. La prision y el destierro los libraron de nuevas pruebas; y bien presto la muerte, de los tormentos horribles que habian sufrido, les aseguró la recompensa del martirio.

Despues de una borrasca tan larga y tan furiosa, restituyó la calma á la Iglesia la emperatriz Teodora, á quien la providencia confió la suerte del imperio, durante la menor edad de Miguel III., hijo de Teófilo, que murió en 842. Este fué el último golpe para la heregia, que perdió en poco tiempo sus mas ardientes sectarios, quando dexó de estar sostenida por los soberanos, y de marchar con el acero en la mano contra los defensores de la fe. Las imágenes se restablecieron, y Teodora protegió su culto, que recobró bien presto su antiguo esplendor. De este modo acabó esta tempestad, la mas violenta que los soplos del fanatismo habia suscitado en el mundo, y que asoló á la Iglesia y al imperio por mas de un siglo.

La regencia de Teodora fué el Reynado de la justicia y de la virtud, pero su hijo no la imitó. Luego veremos las nuevas turbaciones que suscitó en la Iglesia, por la proteccion que dispensó al ambicioso Focio, el mas hábil y el mas malo de los hombres. Su Reynado, sin embargo, fué notable por un acaecimiento glorioso para la religion; tal es la conversion de los búlgaros que abrazaron el christianismo el año de 865. Estaba este pueblo desde largo tiempo en guerra con el imperio. En una de las expediciones, habiendo sido hecha prisionera, y conducida á Constantinopla la hermana del rey Bogoris, fué instruida en los principios de la religion christiana. Puesta en libertad, y restituida á su hermano le hizo gustar de las verdades, cuyo precio habia conocido. No contento aquel príncipe con haber abandonado los ídolos, quiso elevarse á la perfeccion del nuevo culto que acababa de adoptar. Renunció, pues, el trono para consagrarse á los ejercicios de la vida monástica. Pero su primogénito, á favor del qual habia hecho dimision de la corona, no correspondió á sus miras, reynando sin prudencia, y mostrando alguna propension al paganismo. Descontento Bogoris de esta conducta, dexó su retiro, y volvió á tomar las riendas del gobierno; castigando á su hijo con una severidad poco conforme con la dulzura del christianismo, pero disculpable en parte por

las costumbres aun feroces de la nacion. Quando hubo reparado las faltas del jóven príncipe, descendió Bogoris segunda vez del trono, para hacer subir á él el último de sus hijos, mas digno de sucederle que el primero, y se volvió á la soledad, donde terminó su carrera en la mas austera práctica de la penitencia. Los búlgaros, que á su exemplo habian entrado en la Iglesia, la consolaron de los males que le habian causado durante sus guerras con los romanos. Idólatras entónces habian tratado á los christianos con la mayor inhumanidad. Crueles en las victorias, y zelosos de procurar nuevos adoradores á sus dioses, hacian sufrir increíbles tormentos á los cautivos para obligarles á dexar el servicio de Jesu-christo. Se cuenta por centenares el número de los mártires que sellaron la fe con su sangre en diferentes ocasiones.

Los sarracenos no eran enemigos ménos encarnizados para destruir el christianismo que los mismos paganos. La religion y la política se unian para inspirarles el odio mas vehemente contra los discípulos de Jesu-christo. Los detestaban como enemigos de la ley musulmana y súbditos de los emperadores. Las guerras civiles que se encendieron entre los hijos de Ali-Raschid al principio de este siglo, llenaron todo el Oriente de asesinatos y rapiñas. Una parte de los males públicos, de que fueron origen, recayó sobre las iglesias de aquella region. Las diferentes facciones que corrian las campañas eran igualmente crueles, igualmente inclinados á la destruccion. Los templos y los monasterios no se libraron de su avaricia. Los robos, la profanacion, la mortandad de los clérigos y monges eran sus ordinarias resultas. La brutalidad de los soldados no conocia límites, y su sacrílega impiedad se complacia en hacer daño á los christianos, ahogando en su corazon todos los sentimientos de la humanidad, quando se trataba de ellos. Cada dia se veian renovar estas horribles escenas. En Jerusalem, en Alexandria, en la Palestina, en la Siria y en el Egipto, no hubo iglesia ni monasterio adonde el hierro y el fuego no llevasen todos los horrores, que hombres acostumbrados á bañarse en sangre son capaces de cometer. Viéndose los christianos de todos estados expuestos continuamente á los insultos y á la muerte, no tenian otro recurso que el de la fuga. Pero para la mayor parte solo era esto mudar de pruebas y de riesgos; porque si iban á buscar un asilo en

las ciudades sujetas á los soberanos de Constantinopla, hallaban un nuevo género de persecuciones de parte de los iconoclastas; si eran católicos, por tanto su situación no podia ser mas lastimosa. Sin hablar del número casi infinito que pereció baxo los golpes de los infieles, cuántos no deberian hacer morir la fatiga, la miseria, la intemperie de las estaciones, la privación de las cosas mas necesarias á la vida ántes de encontrar asilo ni socorro alguno? Siendo la religion por quien sufrían estos males, no se les puede negar el título de mártires.

Sus guerras con el imperio, casi siempre ventajosas para ellos, eran para los christianos de sus dominios nuevo origen de calamidades. Todos los que caían en sus manos debían esperar los peores tratamientos, si rehusaban abrazar el mahometismo. No se usaba de indulgencia sino con los apóstatas, haciendo experimentar quanto la crueldad y el fanatismo pueden inventar, mas horrible á los que preferían la conservacion de su fe á la de su vida. Los arrojaban cargados de cadenas en horrendas prisiones, en donde jamas penetraba la luz del sol; los mantenían con un poco de pan y agua, y si veían que debilitados por el dolor y el hambre se prestarían mas fácilmente á las persuasiones y caricias, les enviaban doctores que disputasen con ellos, y devotos que procurasen ganarlos con testimonios de la mas tierna compasión. Si aun le resistían, se duplicaban los rigores, y los sujetaban á nuevas pruebas hasta reducirlos, ó acabar con ellos. Hubo algunos que vivieron siete años en esta situación, que bien puede llamarse una muerte prolongada. Los mejores príncipes como Ali-Raschid, Al-mamon y Motasem fueron los mas crueles en su falso zelo, y los mas violentos en la persecucion suscitada contra los christianos en casi todo su imperio. Júzguese á vista de esto la confianza que merecen los escritores que nos representan el islamismo como una religion dulce y tolerante. Los musulmanes de Africa y de España causaban casi los mismos males á la sociedad christiana en Occidente. Siendo uno el espíritu, la costumbre y la animosidad contra el christianismo, debían resultar unos mismos efectos. Sus conquistas en la Sicilia y en la Calabria, y sus irrupciones en la Cerdeña y en la Córcega, y en el continente de Italia, hasta las puertas de Roma, produjeron asesinatos, rapiñas y calamidades de toda especie. Las igle-

sias y los monasterios de ambos sexos y sus piadosos moradores rara vez se libertaban de sus golpes. El papa Juan VIII. se vió obligado á pagar tributo á aquellos infieles, para librar la ciudad y sus cercanías del pillage. Juzgaban indigno de piedad á qualquiera que prefiriese el Evangelio al Alcoran, y segun su preocupacion inhumana, era una obra meritoria dar muerte á los que profesaban una religion que el islamismo trataba de impia.

La España era el centro de la potencia musulmana en Occidente, que se hizo allí muy absoluta, y mas formidable que nunca habia sido, quando el soberano de la nacion se hizo independiente del califa de Bagdad. Entónces los árabes dexaron correr libremente el odio que tenían á los christianos, y que miraban como una parte de sus obligaciones. De todos los monarcas que reynaron durante el noveno siglo en aquella parte del imperio musulman, Abderramen II. fué el que mas se señaló en este odio, el que su fanatismo erigia en virtud. Los christianos jamas habian sido tan cruelmente perseguidos como lo fueron en su reynado. La historia de esta persecucion, escrita por un testigo de vista (a), que derramó su sangre por Jesu-christo, no dexa la menor duda del gran número de víctimas que sacrificó el mahometismo por el acero, y otros géneros de muerte. Las órdenes sanguinarias que Abderramen habia expedido, no exceptuaban ni estado ni condicion; se executaban con un rigor extremado. Los que estaban encargados de ello, además de los motivos de obediencia, y el deseo de grangearse elogios por su fidelidad en corresponder á las intenciones del príncipe, satisfacían su propio corage. A los que estaban dedicados á enseñar y defender la religion, era á quienes principalmente perseguían los ministros, cuya autoridad sostenia Abderramen. Los buscaban con particular cuidado, y fuese porque los creyesen mas culpables, porque mostraban mas desprecio de Mahomed, ó porque tuviese mejor concepto de su valor, obraban con ellos con mayor inhumanidad. Regularmente no aguardaban que se les llevase á presencia del príncipe ó sus comisionados; ellos mismos se presentaban, y llenos de una intrepidez digna de la causa porque eran perseguidos, hablaban con aquella libertad no-

(a) Este es san Eulogio, que escribió el memorial de los santos.

ble y generosa que se había admirado en los primeros mártires. Su exemplo animaba á los simples fieles, y el número de los encarcelados llegó á ser tan grande, que fué preciso ordenar su suplicio, para dexar lugar á los que se arrestaban diariamente. Estas execuciones se hicieron tan freqüentes, que para abreviar las formalidades, y temiendo que el aparato de los tormentos no conduxese los christianos á la rebelion, Abderramen y su consejo mandaron se hiciese morir sin pérdida de tiempo á todos los que fuesen acusados de haber faltado al respeto de Mahoma y su religion.

Esta cruel orden, que abrió la puerta á las delaciones y á las venganzas personales, multiplicó tanto los delinquentes, á cuya pérdida se conspiraba, que las cercanías de Córdoba se llenaron bien presto de horcas. Abderramen se complacia en ver aquel espectáculo desde su palacio, y su odio á los christianos gustaba alimentarse de tan horrible escena. Su primogénito y sucesor Mahomed no se declaró con ménos ardor y crueldad contra los adoradores de Jesu-christo. Viendo que los suplicios no eran bastantes para abatir su valor, resolvió oprimirlos con impuestos, y emplear todas las invenciones de una barbarie fría y tranquila, haciéndoles una vida insoportable. Se vió en esta persecucion, que duró casi sin interrupcion, desde el año de 822, hasta el de 886, lo que se había visto en los primeros siglos del christianismo, y el mismo encarnizamiento y furor de parte de los perseguidores, y la misma magnanimidad y fortaleza de parte de los mártires. Los christianos mas ilustres, por cuya constancia obtuvieron la corona del martirio, y se citan en la historia, son: Perfecto, sacerdote; Juan, lego y comerciante; Isacc, Sanchez y Valabeuse, monges; Aurelio y Felix, de la primera nobleza: Flora, María, Natalia y Liliosa, mugeres de calidad; Leocrita, vírgen, y finalmente Georgio diácono, y Eulogio sacerdote, que se habían dedicado al servicio de los santos confesores.

La sangre christiana corrió tambien en Inglaterra desde los primeros años de este siglo hasta el Reynado de Alfredo; tan justamente llamado el Grande: los daneses ó normandos fueron los que la derramaron, tanto por efecto de su ferocidad natural, como por odio á la religion de Jesu-christo. La codicia del pillage era lo que traía á estos

bárbaros desde tan léjos á asolar otros países, en donde esperaban enriquecerse por el botín; este era el motivo de su crueldad. Se dirigian principalmente á las iglesias y monasterios, y para apoderarse mas á su salvo de los despojos, mataban á sus piadosos habitantes. Estos lugares, consagrados á la oracion y sin defensa, les eran fáciles conquistas; allí encontraban todo lo que podia satisfacer sus improbos deseos, efectos preciosos, vasos sagrados, lámparas, cruces y relicarios, bastimentos, muebles de ordinario uso y vestidos. Todo lo arrebataban á excepcion de los libros, cuyo precio no les permitia conocer su ignorancia, y las reliquias de los santos, que no eran á sus ojos sino viles huesos. Sus ataques imprevistos, y sus depreciaciones no se podian executar sin cometer asesinatos y profanaciones innumerables. Para dar una idea de esto bastará notar que en el botín de un solo monasterio, uno de sus caudillos mató por su mano ochenta y quatro religiosos que lo habitaban. Los altares fueron derribados, las sepulturas violadas, las cosas santas arrojadas por el suelo, la iglesia y todo el edificio entregado á las llamas.

Las cosas mudaron de aspecto quando Alfredo subió al trono en 871. No fué el mayor servicio que hizo á la Inglaterra suspender con sus victorias los estragos de los daneses. Hizo mas en obligarlos á connaturalizarse por los establecimientos que les proporcionó en sus estados casi despoblados, y por las sábias leyes que les impuso, haciendo otras para sus súbditos ménos zelosos de extender su dominacion, que de gobernar bien el pueblo que Dios le había confiado. Este príncipe, amante de la religion y de las letras, igualmente piadoso que sabio, se ocupó toda su vida en corregir los abusos, en destruir los vicios, y en hacer que naciesen en su reyno el gusto de las ciencias y de la virtud. No daba los cargos del estado y las prelacías de la Iglesia sino á aquellos, cuya piedad y luces conocia. Se le atribuye la fundacion de la célebre universidad de Oxford: y hizo experimentar á su reyno los felices efectos de la policia y el buen orden. La Inglaterra le es deudora de sus mas antiguas y mejores leyes. Algunas de sus instituciones estan aun en su fuerza, y á pesar de las revoluciones del gobierno y de la religion; será su memoria siempre grata á la nacion de que fué bienhechor y padre.

Jamas la religion habia estado mas floreciente en Francia, y con mejor orden la sociedad christiana, que baxo el reynado de Carlo Magno. Aquel gran príncipe que sabia quanto pueden contribuir á la prosperidad de una nacion los ministros de la iglesia por su exemplo, instrucciones y zelo, hizo uno de los primeros objetos de su aplicacion el restablecimiento de la disciplina. Nada mas justo ni penetrante que los consejos que da á los obispos, y las reglas de conducta que les propone en sus capitulares y en sus cartas; su lenguaje es el de los padres y de los concilios. Indica remedios para todos los abusos, y se ve allí bien que las quejas del pueblo y del clero, siempre que eran fundadas, llamaban el cuidado del príncipe á buscar todos los medios de calmarlas. Versado en las escrituras y ciencias canónicas, porque no habia omitido conocimiento alguno que pudiese contribuir á la felicidad de sus pueblos, queria que los prelados se distinguiesen por su saber, tanto como por sus virtudes. No hubo en todos sus estados establecimiento útil á la religion, á la enseñanza de las verdades christianas, y á la decencia del culto exterior, cuyo plan no hubiese formado, ó cuya execucion no hubiese protegido. Qualesquiera que fuesen sus ocupaciones, en medio de unas guerras, que muchas veces le hacian volar de un extremo á otro de la Europa, y en el por menor infinito de una administracion de que tomaba todo el cuidado, los intereses de la Iglesia le hallaban siempre dispuesto á ocuparse en ellos. La historia de su reynado está llena de pruebas de su religiosa solicitud en esta parte. Las conquistas que hizo en Saxonia, en Frisia y en Germania solo fueron para él ocasion de extender el reyno de Jesu-christo. Envió allí misioneros, proveyendo benéficamente á su subsistencia, y sosteniendo sus funciones con su autoridad; de modo, que por su medio, como atestiguan los escritores de aquel siglo, aquellos países sumergidos en las tinieblas del paganismo recibieron la luz del Evangelio. La proteccion de aquel piadoso monarca se extendia á los christianos de los mas remotos climas. Dexando aparte las limosnas que les enviaba, para su bien, mantenía un comercio arreglado con los príncipes musulmanes. Aroun-Ali-Rachid por un homenaje voluntario le envió las llaves del santo sepulcro, y aquel lugar tan venerable para los christianos,

001373

está aún baxo la proteccion de los reyes de Francia. A la muerte de aquel gran príncipe, la Iglesia que habia perdido su mas firme apoyo, se conservó por algun tiempo en el mismo esplendor que de él habia recibido; pero las turbaciones que se levantaron en el estado, las funestas guerras que le asolaron, y la confusion que se esparció en todos los ramos del gobierno, hicieron poco á poco recaer á la sociedad christiana en el mismo estado de la languidad en que la hemos visto en los dos últimos siglos. La debilidad de los príncipes, la indolencia de los pastores, las incursiones de los normandos, y las guerras intestinas que causó la anarquía feudal, contribuyeron á destruir un edificio que el genio del siglo no habia permitido consolidar bastantemente para perpetuar su duracion. En el artículo de las costumbres y disciplina veremos los males que resultaron de la combinacion de estas diferentes causas.

La iglesia de Alemania, fundada en el octavo siglo por san Bonifacio y sus compañeros en los trabajos apostólicos, conservó algun tiempo su primer fervor. Los santos obispos que Dios le habia dado se dedicaron con buen suceso á la conversion de los paganos, apartando un gran número del culto de los ídolos. Adquiriendo la Iglesia por este medio nuevos hijos, y creciendo el imperio de la fe, fué preciso erigir nuevos obispados, y dar pastores á aquellos pueblos groseros, que apenas conocian los dogmas esenciales del christianismo, y ménos su moral y sus preceptos. La formacion de estas nuevas diócesis, y la eleccion de los prelados destinados á gobernarlas, se hacian al principio segun justicia, y no aspirando sino á la gloria de la Iglesia; pero despues se hizo esto una ocasion de disturbios, porque las inmensas riquezas de aquellas iglesias, y el alto grado que sus obispos ocupaban entre los señores temporales, eran objetos propios para excitar la ambicion y la avaricia. Sin embargo el fervor de aquellas iglesias nacieses se sostuvo aun parte de este siglo, y no se les vió decaer hasta que habiendo llegado á aquellos remotos climas el exemplo de los vicios, se dexaron arrastrar de la general preocupacion.

El christianismo hizo tambien una nueva conquista en el Norte de la Europa. Herioldo, rey de una parte de la Dinamarca, habiendo sido despojado de sus estados por

una de aquellas revoluciones que son frecuentes en los pueblos que no han fixado su política ni gobierno; vino á pedir socorro á Ludovico Pio. Este emperador le hizo instruir en los principios de la religion con la Reyna su esposa. Uno y otro fueron bautizados, despues de lo qual el emperador dió un ejército al príncipe danes, que marchó con este socorro á hacer valer sus legítimos derechos. La suerte de las armas no le fué adversa, triunfó de sus enemigos, y recobró el trono. Un mōnge de Corbeja, llamado Anscario ó Anscario, que habia llevado consigo, predicó el Evangelio á los daneses baxo la proteccion del soberano; y por su ministerio hizo la fe en poco tiempo progresos considerables en aquellas regiones septentrionales. Los suecos, pueblos vecinos de la Dinamarca, movidos de la fama de las virtudes del santo misionero, y de la feliz mudanza que sus exhortaciones producian entre los daneses, desearon participar de la luz que sobre aquellos se habia esparcido. Pidieron, pues, predicadores que los instruyesen. Se enviaron para esto á san Anscario compañeros capaces de auxiliar su zelo en la nueva mision. Sus trabajos bendecidos del cielo produxeron copiosos frutos. San Anscario fué arzobispo de Hamburgo, y mereció el glorioso título de apóstol del Norte.

ARTICULO VI.

Cisma de Focio, su origen, sus efectos, su condenacion y sus infelices resultas.

El gran suceso de que vamos á tratar merece toda nuestra atencion por las extrañas escenas que le acompañaron, por el carácter singular del personage que fué su autor, y por los deplorables efectos que produjo. Veremos aquí el choque de las mas violentas pasiones de la ambicion, de la venganza y de la hipocresía, la virtud oprimida; la maldad en el esplendor de un triunfo comprado á costa de todos los crímenes, los mas elevados talentos empleados en hacer mal; la perfidia y la crueldad baxo el velo de la moderacion, el lenguaje de la piedad en la boca de un opresor, de un sacrilego, el trastorno de todas las leyes canónicas, y de todas las reglas del honor y de la equidad, un hombre acusado, convencido de los

excesos mas criminales, y condenado por un juicio solemne, subiendo con gloria al sublime puesto adonde se habia elevado á fuerza de delitos; y la baxeza ensalzando ó abatiendo su ídolo, segun la fortuna le estaba propicia ó adversa: tal es el espectáculo interesante que va á manifestarse á nuestra vista. Subamos al origen de este grande suceso, siguiéndole en todas las circunstancias que merezcan detenerse en ellas.

Hágase memoria de que despues de la gloriosa regencia de la emperatriz Teodora, el patricio Bardas, tio y ministro de Miguel III., se habia apropiado todo lo que á la autoridad soberana pertenecia, no dexando á su pupilo otro cuidado que el de pasar libremente los dias en la disolucion y en los placeres. Aunque Bardas fué muy aplicado en los negocios, y llevó todo el peso del gobierno, su vida no era ménos desarreglada, ni sus costumbres mas íntegras que las de su sobrino. Habia concebido una pasion detestable por la muger de su hijo, viviendo aun la suya. Atreviéndose á todo fiado en su despotismo, y atropellando sin pudor las leyes divinas y humanas, habia repudiado á su legítima esposa, viviendo públicamente con su nuera. Su exemplo y el del jóven emperador, cuyos desórdenes eran aun mas viles, provocaban á los cortesanos á violar abiertamente todas las reglas de la decencia pública. No se hablaba en Constantinopla sino de sus disoluciones y de sus excesos de toda especie, viéndose cada dia nuevos escándalos.

Ignacio ocupaba la silla patriarcal de Constantinopla, á la qual le habia elevado la emperatriz Teodora por muerte de san Metodio. Este prelado reunia el mérito mas sobresaliente al mas ilustre nacimiento. Era hijo del emperador Miguel Rangobeo, y nieto de Leon Armenio por su madre Procopia. Envuelto en las desgracias de su familia, quando su padre tomó la generosa resolucion de sacrificar la púrpura al reposo de sus vasallos, entró en un monasterio de edad de 14 años. Su virtuosa juventud anunció por sus calidades tan brillantes como estimables, lo que seria algun dia, y su espíritu, enseñado por las desgracias, adquirió temprano aquel hábito de valor y de firmeza, de que tuvo tantas ocasiones de usar en lo sucesivo. Electo patriarca de la ciudad imperial, y por esta dignidad eminentemente responsable á Dios y á los hombres, no pudo ver su